

que dividian á sus amos: «Eso concluirá dentro de quince dias ó tres semanas.»

El pastor Arzac persistia en negar que supiese cosa alguna; pero impenetrable ante la justicia, confesaba á un vecino que no podia decir la verdad porque temia á Santiago Besson y á sus hermanos. Estos, que eran ocho mocetones robustos, formaban una especie de compañía temida en el país. Pero la tia y madrina de Arzac, Margarita Maurin, mujer de Saulin, con sus revelaciones obligó al pastor á dejar vislumbrar, al menos, su secreto. Refirió que un dia, en vida de M. de Marcellange, Arzac le habia dicho que Santiago Besson le prometia una pañolada de dinero, lo menos 3,000 francos, si queria envenenar el *agua cocida* (el caldo) de M. de Marcellange. Algun tiempo despues, halló en la ropa del pastor una taza de loza de forma antigua, en la que habia unos polvos blancos. Como fuese á probarlos, el muchacho exclamó: «¡No os lleveis eso á la boca! ¡es veneno que me ha entregado Besson!» Mas tarde aun, volvió á encontrar la taza, pero esta vez vacía. Arzac le dijo que habia escondido el veneno en un agujero, debajo de una piedra. Por último, despues del crimen encontró Margarita Maurin en un bolsillo varias balas mezcladas con botones viejos. «Son, le dijo su sobrino, compañeras de las que han dado muerte á M. de Marcellange.» En fin, y esto era indicio aun mas grave, la tia recibió de su sobrino, el dia 2 de setiembre, una cadena de hierro, que segun decia, se habia encontrado. Aquella cadena era la del perro que guardaba el patio del castillo de Chamblas, y cuyo silencio se esplicaba á la sazón. Aquel perro habia desaparecido con su cadena en la noche del asesinato y no volvió hasta el dia siguiente, pero sin la cadena. Iba con frecuencia á buscar á Arzac al campo, á su aprisco de pastor. Algun tiempo despues del crimen, una mano desconocida dejó muerto al pobre perro de un tiro, en los bosques de Chamblas.

Otros varios testigos, como un tal Hostein, por ejemplo, declararon que el pastor les habia hablado de una cantidad de 600 francos que le habia ofrecido Besson por envenenar á M. de Marcellange.

Las negativas de Arzac no pudieron debilitar estos testimonios, y aun fue fácil comprender que la codicia del jóven pastor le hacia abrigar la esperanza de vender su secreto á la justicia. En aquel país todo se vende, y el hombre del pueblo no cree con harta frecuencia en mas poder que en el del dinero. Le es en extremo difícil imaginar una justicia que solo busca la verdad por lo que ella es, en sí, y cree gustoso que el magistrado, lo mismo que él, no hace cosa alguna sin interés. Por eso, en concepto de aquellos pobres ignorantes, la lucha empeñada entre la sociedad y el asesino misterioso, se reducía á las proporciones de una lucha de familia. Decíanse, por lo bajo, que los Marcellange habian depositado 10,000 francos en casa de un notario, y que habian encargado á los gendarmes que comprasen testigos. Pero como las señoras de Chamblas eran mas conocidas en el país; como se sabia la fortuna que poseian, se veian los gastos que hacian, y lo consideradas que

eran en Puy, cada cual se decia á sí mismo que aquel era el adversario mas temible, y con quien mas se podia ganar. Se hablaba, y esto era cierto, de 30,000 francos tomados bajo hipotecas por las opulentas señoras de Chamblas, y el hecho de haber tomado este dinero prestado, hecho inesplicable en su posicion de fortuna, se atribuía á la resolucion de hacer frente á la justicia. En efecto, ¡cosa singular y escandalosa! parecia que la viuda hacia alarde de patrocinar á aquel á quien el rumor público designaba como asesino de su marido. Besson se hallaba rodeado en la cárcel de comodidades y cuidados debidos á Mad. de Marcellange. Las señoras de Chamblas habian formado y enviado al promotor fiscal una lista de testigos de descargo. Se podia creer en una lucha abierta contra la ley, y en aquel país tosco é ignorante, se imaginaba con facilidad que los testigos iban á ser puestos á pública subasta.

Andrés Arzac dejó adivinar estos sentimientos un dia en que los gendarmes procuraban penetrar su secreto. «Nada puedo decir *todavía*,» declaró al cabo de gendarmes. El sargento, al tener noticia de estas palabras, fué á buscarle para conducirle ante el promotor fiscal. «Si me diesen un destino mejor, se aventuró á contestar Arzac, yo lo diria.» Sin duda esperaba que le hiciesen alguna buena promesa; mas le condujeron ante el magistrado, quien le trató con severidad. El pastor, asustado hasta el extremo se echó á llorar y repitió que hablaria si le daban una colocacion, pero concluyó por no decir nada.

Algun tiempo despues, vió á las señoras de Chamblas, habló con ellas, comió en su casa, y se aumentó su obstinacion. Otro testigo se habia sentado en la taberna, ante un jarro de vino, diciendo: «El dinero de las señoras es el que paga.»

Tales eran los hechos probados en la sumaria, en medio de obstáculos que renacian de continuo: odio de Santiago Besson contra su amo, amenazas y escenas de violencia, proyecto de envenenamiento revelado involuntariamente por Arzac, testimonios que parecia que rechazaban la coartada que intentó probar Besson. Sobre estos cargos, y al cabo de diez y nueve meses de instruccion, se abrió ante el tribunal criminal del Alto-Loire otra sumaria destinada tan solo á separar del terreno de la acusacion las mentiras amontonadas por la corrupcion y por el terror.

En 14 de marzo de 1842, compareció Santiago Besson ante el tribunal, presidido por M. Smith. M. Marilhat, promotor fiscal, ocupaba el asiento del ministerio público. MM. Fuillot y Mathieu, estaban en el banco de la defensa. M. Turchy de Marcellange y la viuda Mad. de Tarade, se hallaban presentes; M. Guillemín, antiguo abogado en el tribunal de Casacion, consejero de la familia de los Marcellange, presentó un escrito sobre los hechos que acabamos de referir.

Ya hemos dicho qué clase de hombre era Besson. Estaba todavía exactamente lo mismo que en Chamblas, en el dia 2 de setiembre. Sus labios eran salientes, su rostro estaba profundamente señalado. Su traje era el de un campesino bien acomodado; su actitud la de un hombre pacífico. Tenia treinta y cua-